

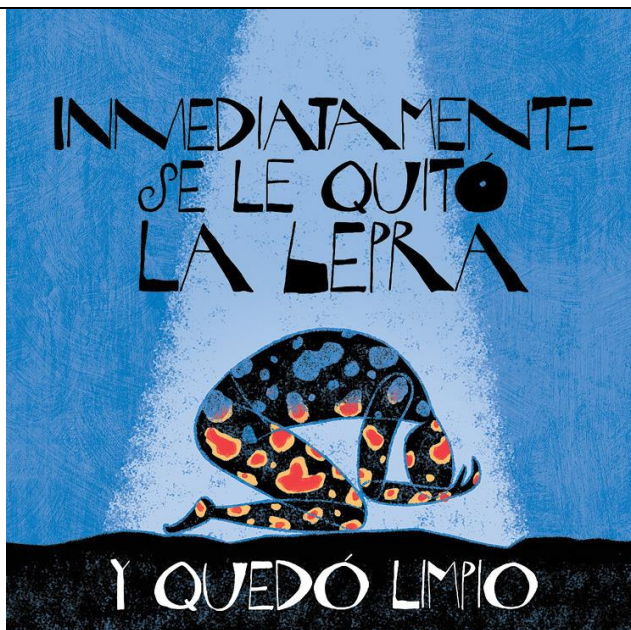
Un gran profeta ha surgido entre nosotros. Dios ha visitado a su pueblo.

Tenemos una lectura del Evangelio que es desafiadora. La semana pasada, oímos al Señor decir que somos la sal de la tierra y la luz del mundo. No somos luz al mundo si decimos, “bueno, yo no he matado a nadie, yo no he cometido adulterio, yo no juro en falso.” La mayoría de la gente en la tierra no asesina, no comete adulterio o blasfema. El Señor nos está enseñando que el ser la sal y la luz es más profundo que eso. Jesús dice, has oído decir, “¿No mataras a nadie?” Lo que les digo es que hay que evitar la cólera sin sentido, palabras abusivas o desprecio a otros.

Podemos destruir a gente de otras maneras no solo por asesinato. Podemos destruir a gente con odio, difamación, calumnias. Podemos destruir el buen nombre de una persona con un insulto hiriente, trivializar la autoestima de la persona, haciendo sugerencias indirectas y malévolas sobre su carácter. Tal vez no apuñalemos a gente en el corazón, pero si apuñalamos por la espalda.

Somos “luz” cuando respetamos la dignidad humana y cuando no insultamos o no nos burlamos de alguna persona cual es lo que empapa a nuestra sociedad hoy. ¿Usted sabe de alguien que respeta a la gente aun cuando no esté de acuerdo con ellos? Esa persona es la sal de la tierra y la luz del mundo.

Jesús nos está enseñando a mirar dentro de nosotros porque las actitudes preceden las acciones. El Señor está diciendo que la verdadera medida de la violencia en nuestra sociedad; no se encuentra en la estadística del crimen, pero si en todas las maneras que le fallamos a la gente, despreciamos a otros, o guardamos rencor. El quitarle la vida a alguien es solo el siguiente paso en un mundo empapado ya en odio. La medida de la desestructura de la vida familiar no viene de la cantidad de divorcios sino de la carencia del compromiso serio y de la responsabilidad dentro



de nuestras relaciones de familia. El grado de la mentira en nuestra sociedad no es medido por el número de falsedades sino por todas las mentiras, evasiones, engaños y medias verdades que vemos en tantas partes de nuestra sociedad.

En este mundo ser sal y luz es ser la clase de gente que respeta otras, ser gente de fidelidad a los votos de la unión y a la vida de familia, y ser gente de la verdad. ¿Qué podemos obtener de estas palabras desafiadoras de Cristo? Hay una

tendencia hoy de creer que somos productos de nuestro propio ambiente porque nuestras almas son como el velcro recogiendo lo que encontramos por allí. “Todos lo hacen.” Pero no tenemos que ser como los demás. Tenemos esa opción. Hay un viejo cuento de comedia sobre un hombre que va al doctor y le dice, “me he quebrado el brazo en varios lugares.” El doctor contestó, “entonces deja de ir a esos lugares.” El señor también nos está enseñando que nuestra identidad cristiana está definida no sólo por lo que **no hacemos**, como adulterio, asesinato, ser testigos falsos; sino por lo que hacemos. Siempre tenemos la oportunidad, una vez más, de renovar nuestra vida, de examinar las decisiones que estamos haciendo, de fijarnos en las fidelidades que están formando nuestra vida. ¿Vienen del Evangelio o de los medios de comunicación?

Cada domingo es un llamado para remodelar nuestras vidas hacia lugares de sal y de luz. Solo podemos hacer un tanto sobre el mundo que nos rodea. Pero si podemos hacer mucho más sobre el mundo dentro de nosotros.

